

fiesta, y como aquella reunion le pareció extraña á las costumbres de la familia de Luisa, procuró inquirir lo que sucedia.

Afortunadamente para él; Lola salió al balcon, le vió, desapareció por un momento, y á poco le hizo una seña para que se aproximase.

En un diminuto papel envuelto en su pañuelo, que dejó caer al pasar Enrique por debajo del balcon, le dijo estas breves palabras:

“Debe vd. retirarse; Luisa es ya la esposa del señor Mantecon.”

Lo que Enrique sintió se comprende, pero no es fácil expresarlo.

Pasó una noche cruel, espantosa.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano y se dirigió á la Alameda.

¿Qué fué lo que allí pensó, cuando al retirarse dos horas despues aparecia resignado y tranquilo?

X.

¡Pobre Luisa! Nada hay mas dulce, mas halagador en la vida del hombre, que esa época conocida con el nombre de *la luna de miel*. Dos almas enamoradas cuya sola ambicion, cuyo sueño mas hermoso era unirse para siempre, identificarse, morar bajo un mismo techo, entregarse á las expansiones anheladas durante largo tiempo, realizan al fin esas esperanzas que forman el encanto de la juventud, y dulce y serena transcurre entonces la existencia antes combatida por la duda, por el temor ó por los celos. De ese hogar en que todas son caricias, en que brilla el astro de la alegría, parece que se ele-

DOCE LEYENDAS.—35

va un himno de gratitud, de profundo reconocimiento al Supremo Autor de la vida. Entonces no se teme que los días traigan en su curso acontecimientos que vengan á nublar el cielo purísimo de ese hogar. Entonces se mira el porvenir á través de un prisma encantador, y cree el hombre que fuera del hogar nada hay más hermoso ni que satisfaga las aspiraciones del alma.

No es la vida el océano turbulento cuyas olas nos arrojan sobre los mil escollos de que se encuentra sembrado; es el cristalino lago en que se retrata un cielo azul y sereno, en que se miran las flores y en donde apagan su sed las aves que llenan los bosques con las notas de sus cantos no aprendidos.

¿Quién piensa que puede enojar al cielo tanta felicidad? ¿Quién teme que la dorada copa del placer se torne en el cáliz amargo del tormento?

Hay en la mirada de los nuevos esposos algo tan infinitamente dulce, como una revelación de que realmente existe el cielo.

El amor no es mentira, la felicidad no es

un sueño; las esperanzas no son una quimera, nos dicen esas miradas que derraman la luz, y que, confesémoslo, provocan la envidia de los que no han gozado una felicidad tan completa.

¿Fué acaso para nuestra heroína tan seductora la luna de miel? Imposible. Su boda le proporcionó las comodidades y ventajas que se alcanzan con el dinero; tenía muebles lujosos, trages hechos por las primeras modistas de México; su mesa era abundante, no le faltaba nada de eso que forma las exigencias de lo que llamamos la vida real. Pero Luisa no habia penetrado á su nuevo hogar conducida por el amor que todo lo embellece; Luisa no podia extremecerse al dulce beso de un amante apasionado, y en vano aquella alma juvenil hubiera querido encontrar realizadas sus ilusiones y ver que tomaban forma sus esperanzas. Luisa era simplemente la *mujer* del tocinero. Por eso al comenzar este capítulo, hemos exclamado: ¡Pobre Luisa!

Para ella no hubo luna de miel. Don Gor-

diano habia comprendido á aquella jóven y no podia, por lo mismo, vanagloriarse de poseer su corazon.

Corramos un velo sobre las escenas que no es lícito describir y abandonémos á nuestros personajes para volverlos á encontrar despues de un año de la boda.

XI.

Siempre hemos creído que nada hay mas peligroso para un hombre, como unirse á una jóven cuya edad es en extremo desproporcionada á la suya. Don Gordiano ha venido á confirmarnos más en esta creencia.

Como era natural, Luisa, cuya educacion, cuyo talento, y sobre todo, cuya juventud, formaban un contraste con las mismas circunstancias en don Gordiano, llegó á tener sobre él un ascendiente que bien podria llamarse dominacion absoluta.

Don Gordiano acabó por enamorarse ciegamente de su mujer.

Lo que debió servir de base á aquel ma-

trimonio, vino á verificarse despues. Sin embargo, era inútil ya; más todavía, era perjudicial la pasion loca de don Gordiano.

No hubo capricho de Luisa que no fuese satisfecho al punto que lo indicaba.

Un dia, la jóven hizo comprender á su marido que no era decoroso que él mismo atendiese sus negocios, y le pidió que colocase al frente de aquellos á un pariente pobre que deseaba proteger. Don Gordiano accedió, mejor diré, cumplió la orden de Luisa. El pariente pobre de Luisa, no era sino Enrique, aquel jóven que ya conocen nuestros lectores.

Enrique, desde aquella mañana en que le vimos en la Alameda al dia siguiente de la boda de Luisa, habia, sin descanso, puesto cuantos medios puede dictar el espíritu de la venganza, para cautivar á la mujer á quien amaba, y á quien un rival afortunado habia conducido al altar.

Un amante jóven, cuya pasion ha sido correspondida, y á quien convierten los padres de su amada en víctima, toma ante los

ojos de aquella, proporciones colosales; la imaginacion lo hace aparecer, como digno de recompensa y y acaba por ser el candidato para el primer adulterio.

El lenguaje del seductor es siempre florido, tierno, inspira simpatía con las desgracias que refiere, se hace interesante en grado sumo. Expresa sus deseos de una manera vaga, poética. mientras que un marido es siempre poco espiritual. Y como en la mujer domina más la imaginacion que la razon, como fácilmente se inclina á la piedad, la tiene del que le jura que sin su amor se dará la muerte, y no del que ha puesto en sus manos el tesoro de la honra.

Enrique entró á la casa del señor Mantecon, llamado por él, casi rogado. Tanto así supo conducirse.

El pobre don Gordiano era, en la estension de la palabra, lo que se llama un predestinado.

Lo que sucedió una vez que Enrique y Luisa pudieron verse y hablarse todos los dias, fácil es graduarlo al entendido lector.

Si los suegros del señor Mantecon hubieran conservado con él buena armonía, no se habría consumado tan fácilmente su deshonra; porque siempre los padres cuidan de la honra de sus hijos como de la suya propia. Pero las exigencias de doña Carmen habían hecho terminar todo género de relaciones entre las dos familias.

Luisa, exigente en todo, no lo había sido en este punto.

No se le ocultaba que la presencia de doña Carmen en su casa, habría sido forzosamente una rémora para el logro de sus planes.

Mientras tanto, los intereses de don Gordiano menguaban cada día en vez de progresar. Su capital no era bastante para satisfacer las crecidas sumas que en su casa se gastaban. Enrique no le había reemplazado dignamente en la dirección inmediata de los negocios, y todo hacía temer un fin poco satisfactorio. Para Luisa era todo eso un misterio. Don Gordiano continuaba satisfaciéndola; Enrique nada le había indicado de una ruina próxima.

La sociedad entera murmuraba de la honra de Luisa; don Gordiano, cuyo papel no podía ser más ridículo ante el público, era el único que ignoraba las relaciones entre su dependiente y Luisa. Es que la mujer sabe fingir pasión y cariño en los momentos en que menos los siente; es que de esa manera cree ocultar á su marido y aun á la sociedad, las faltas que comete. Nadie me inspira más lástima que un marido de cierta edad á quien su joven compañera acaricia y mima aun en presencia de los extraños.

Recuerdo al punto á aquellos papás á cuyos brazos se arrojan los niños y les llenan de besos, después de haber destrozado algún objeto, pretendiendo con esas caricias neutralizar de antemano el efecto que pudiera causar su falta una vez descubierta.

Pasaron así los días y aun los meses. Nubes sombrías iban agrupándose en el antes sereno cielo de Luisa.

Don Gordiano, viendo ya el mal estado de sus negocios, resolvió poner su casa bajo un plan estrecho de economía.

Era ya tarde.

La economía puede lograr, y en efecto logra muchas veces, el acrecentamiento del capital; pero cuando éste ha sido derrochado, es inútil.

Don Gordiano estaba completamente arruinado, y fácil es comprender, que si rico no logró conquistar el amor de su esposa, mucho menos podía conseguirlo en los momentos en que le faltaban recursos hasta para satisfacer el mas insignificante de sus caprichos femeniles.

La mujer modesta que traspasa los dinteles de su nuevo hogar, llevando por única ambicion satisfacer esa necesidad del corazon que no se juzga feliz sino cuando confunde sus latidos con los de otro corazon, es la que sabe sobrellevar las penalidades de la pobreza y aun de la miseria, con una resignacion de que el hombre es incapaz; pero la mujer que sacrifica las mas nobles aspiraciones del alma por ostentar ante una sociedad estúpida riquezas mas ó menos ficticias, pero sí capaces de deslumbar á las demas

mujeres, busca, aun cuando sea en el vicio, la conservacion del lujo que le fascina. Luisa perdió toda esperanza de que don Gordiano pudiese rehacer su fortuna, y como habia dado ya muchos pasos en la resbaladiza pendiente del mal, no se arredró ante el escándalo mismo.

Una noche, mientras el incauto señor Mantecón, agobiado por su penosa situacion habia logrado quedar profundamente dormido, Luisa, acompañada de su amante Enrique, abandonó para siempre al hombre á quien habia arruinado. ¿Qué lazo existia que la detuviese? Ninguno. Ni amaba á su marido, ni el cielo habia puesto de intermedio entre ambos un niño. La naturaleza, cuya sabiduría tenemos que reconocer á cada paso, parece que ha puesto como un lazo de amor y de cariño á los hijos. La presencia de estos infunde cierta virtud, algunas veces forzosa, pero siempre útil á esa sociedad que forman los hombres y que llamamos matrimonio. Muchas veces por no infamar el nombre de sus hijos, abstienen las madres

de faltar al deber; muchas veces la figura angélica de un niño influye mas en el ánimo de un hombre próximo á sucumbir al mal, que el temor de un castigo impuesto por la ley.

Pero ya lo hemos dicho, Luisa no habia sido madre, y al abandonar al hombre que depositara en ella el tesoro de su honra, no podia extremecerse á la idea de preparar así un porvenir de lágrimas y tal vez de vergüenza á un sér á quien habia llevado en su seno.

Enrique y Luisa retiráronse á una casa de *vecindad*. El amante de Luisa, resignado pero no contento, habia aceptado la situacion, sin preever sus consecuencias.

Cuando don Gordiano comprendió lo que habia pasado, portóse no como un hombre ofendido, sino simplemente como una persona de mundo: creyó impertinente é inútil un escándalo, y hasta reconoció que era natural el desenlace de aquella historia. No se le ocultaba que Luisa nunca llegó á amarle, y

que si un dia aceptó enlazarse á él, habia sido por acatar la voluntad paterna.

Don Gordiano, aunque era ignorante en la acepcion mas lata de la palabra, tenia el buen sentido necesario para conocer su error, y no vió en la fuga de su mujer otra cosa mas que la consecuencia necesaria de un matrimonio en que no se consulta la edad, ni el amor, ni nada de aquello que forma la base de la sociedad doméstica.

Además, las pasiones son más vehementes, más refinadas, permítasenos decirlo así, á medida que la ilustracion del espíritu le enseña horizontes que son desconocidos para aquellos que carecen de cultura.

Así, mientras Enrique y Luisa temian que de un momento á otro la justicia hiciese pesar sobre ellos una mano de hierro, don Gordiano pensaba rehacer su fortuna, cosa nada difícil para quien está acostumbrado á trabajar y no tiene una compañera que invierta en futilidades el fruto de largas horas de tarea.

Eso que llaman *conciencia*, atormentaba á los amantes, y no podían ser felices á pesar de vivir entregados á las dulzuras que proporciona la realización de esperanzas que se temía no ver nunca realizadas.

XII.

Tenemos que volver á hablar de Lorenzo. El jóven propietario, cuyas ideas materialistas dimos á conocer al principiár nuestra narracion, en vez de haberlas modificado despues de la ruptura de sus relaciones con Luisa, se habia afirmado más y más en ellas. Ni podria ser de otra suerte.

La juventud rica de México está, con muy marcadas excepciones, educada de una manera lamentable, si es que educacion puede llamarse el saber conducir un tren lujoso al Paseo, frecuentar los cafés y las cantinas, y no abrir nunca un libro, si nó se trata de una novela mas ó menos picante. Buscad

CAPILLA ALFONSINA
SECRETARIA
D. A. N. L.

en el seno de las sociedades científicas ó literarias á los hijos de las familias acomodadas, y os esforzareis en vano. Pretended sostener con alguno de ellos una conversacion séria ó provechosa, y los vereis abandonaros al punto. Habladles del juego, de las queridas ó de los trages que confecciona Paul Bergé ó Salin, y entonces lograreis que os atiendan. Justo es confesar que no ellos, sino sus padres, merecen la censura de las personas ilustradas. ¡Cuántas veces tienen que avergonzarse interiormente de no poder siquiera entender lo que dicen ó escriben aquellos que no llevan billetes de banco en la cartera, pero que en cambio escriben su nombre en los anales del progreso moral y científico de nuestra patria! Lorenzo distraía las horas de la vida y empleaba su renta en aventuras que no son para relatadas en este lugar.

No se unia á una jóven de igual condicion social á la suya, porque para fastidiarse le bastaba con su propia riqueza, ni queria luchar con las preocupaciones de su familia

y de sus amigos enlazándose á una jóven modesta de la clase media.

No pasó mucho tiempo sin que Lorenzo estuviese al tanto de la separacion de Luisa de su marido, y en breve supo cuál era la casa en que se encontraba.

Desgraciadamente abundan esas *gentes*, no queremos calificarlas de otra manera, que no tienen inconveniente en prestar sus servicios, por *bajos* que sean, á los que pueden recompensarlos desde luego, y no saben ó no quieren ganarse el sustento de una manera difícil, pero honrada. Lorenzo, estuvo pronto en comunicacion con Luisa.....

Enrique era pobre, y como el amor de Luisa le habia embargado por completo, no pensó que la miseria llamaria á sus puertas si no se consagraba á un trabajo constante. Dia á dia fueron desapareciendo las pocas prendas que su amante habia llevado consigo, hasta que no hubo una sola para empeñar en el *Montepío*. Entonces huyó la alegría de aquella casa, entonces las frases de los amantes fueron menos dulces, entonces

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. L.

comprendió Luisa que la mujer que desprecia y olvida sus santos deberes, se condena á la vergüenza y al llanto. Pero no era posible retroceder. Si llamaba á la puerta del paterno hogar, no habria una voz que pudiese responderle: ya sus padres habian muerto; si se dirigia al esposo ultrajado, se exponia á que por medio de un sirviente se le arrojase con ignominia.

En estas circunstancias dolorosas, Lorenzo era el único hombre á quien Luisa podia acudir. Y en efecto acudió. Noble y generosa habria sido su conducta si, apartando de la senda del vicio á la mujer que amára, le hubiese tendido una mano protectora. No es eso lo que se aprende en la escuela del mundo que frecuentaba Lorenzo. El oro de aquel jóven aristócrata, solo servia para comprar la satisfaccion de un deseo.

Enrique amaba á Luisa; pero su desesperacion le orillaba al abismo.

Muchas veces, cuando en medio de la calma de la noche, devorado por la fiebre del insomnio, pensaba en su terrible suerte, sen-

tia cruzar por su pensamiento la aterradora idea del suicidio; mas por su bien, estaba tan pobre que no tenia ni una pistola para poner término á su combatida existencia.

Enrique era hombre de resoluciones violentas. Despues de sentirse impotente para remediar los males que le afligian, por medio de la muerte, desapareció un dia del lado de Luisa y no volvióse á saber de él.

Lorenzo le substituyó bien pronto.

CAPILLA ALFONSIÑA

REPOSICION DE LA BIBLIOTECA

D. N. N. E.

—508—

EPILOGO.

La mujer que no cautiva al hombre sino con su hermosura, está condenada á su olvido cuando aquella se marchita. Era muy jóven todavía Luisa, pero habia sufrido tanto, que un año despues de los acontecimientos que acabamos de referir, habia perdido ya aquel encanto irresistible, aquella frescura que poseía cuando la dimos á conocer á nuestros lectores. Lorenzo á su vez la abandonó.

Entonces lloró sus extravíos y buscó en el trabajo la redención. Acudió á una fábrica, y hoy figura entre las *estanquilleras* de la gran casa de Lascrain y C^o.

Muchas veces la he encontrado en la Alameda cuando se dirige al ex-convento de San Hipólito en busca de su *tarca*. Fácil es descubrir bajo aquella humildísima apariencia

á la jóven que en no lejanos dias formaba la delicia de cuantos la veian.

Pasaran los años, y cuando la muerte le proporcione el último consuelo, ya ennoblecida por el trabajo, Luisa bajará al sepulcro despues de haber obtenido el perdon y aun el olvido de sus faltas. Sobrado castigo le impuso la naturaleza al negarle esa inefable dicha que siente la mujer al posarse sobre su frente los rosados lábios de un niño, que es la bendicion que el cielo concede á la mujer honrada.